
NATIVIDAD CEPEDA

* * *

MEMORIAL
DE AMOR Y LEYENDA

*

PRÓLOGO DE
ANTONIO COLINAS

Editorial Hipálage
Colección «Reunión del aire»

*“Las manos que tocaron el calor
de límites amados se entrecruzan
de nuevo en invisible acercamiento
y más allá del tiempo ahora se buscan”.*

Leopoldo de Luis

“... que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su calidad, por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía”.

Capítulo XIII
Don Quijote de la Mancha
Miguel de Cervantes Saavedra

DEDICATORIA

A los que me han enseñado
que la vida es un camino de amor lleno de ideales y de entrega.

A los poetas que me han hecho olvidar
mi tristeza con su poesía.

A todos los que me han introducido
en el humanismo del *Quijote*.

Por ellos escribí este libro.
Escuchando a Dulcinea nacieron sus poemas.

UNA ESCRITURA QUE SALVA

Nos dice Natividad Cepeda en el título de su libro que memoria, amor y leyenda, son las coordenadas del mismo, pero qué duda cabe que hay una de ellas que pesa más que las demás y que es la que constituye el centro primordial del mismo: el amor. El amor, entendámoslo bien, ofrecido en su significación múltiple, pues sabemos que hay un amor pasión, pero también hay otro que atañe a lo fraterno, y otro a lo solidario, y otro de sentido trascendente, o ese amor que claramente nos remite a la Divinidad. Que el amor es, por tanto, el eje de este libro es algo claro que, además, la autora se esfuerza en decírnoslo de una manera extremadamente sintética, en un único verso y, además, en el verso final: “La vida, mi Señor, es Amor”, así con mayúsculas. Libro, por tanto, de amor y Amor.

Pero nos engañaríamos si sólo viésemos que este libro es valioso por poner de relieve —sin tópicos, con convicción— este gran tema universal. En *Memorial de amor y leyenda* hay también una sensibilidad, una emoción, que abordan otros temas: la tierra (la suya, esa que remite a la clara y leopardiana sensación de infinitud), las estaciones, el microcosmos del pueblo, la música, los mitos (Don Quijote, Dulcinea). Hay, por ello, en este libro una mirada total, compasiva, que es la que le proporciona su latido humanísimo, que es la que nos convence y nos permite decir que en él no hay artificio ni engaño. Y acaso la autora habla de “leyenda” en el título sin saber —¿o sí lo sabe?— que lo legendario en estos poemas es lo más cierto, la gema con la que el poeta debe dar, al escribirlo, para salvar su libro.

La autora se deja, así, fluir en sus palabras; deja, como quería Machado, que el alma diga simplemente lo que quiere y debe y tiene que decir. Y, además, este decir —es otra de las hermosas características de su obra— es un decir claro y emocionado, en unos tiempos precisamente en los que la ironía, el sarcasmo, el hueco humor, la ausencia de ritmo, empapan el discurso poético.

Natividad Cepeda rescata, por tanto, para la palabra poética el mejor de sus dones: el de testimoniar sobre lo que la autora vive. Porque hay también mucha vida en los poemas que siguen, por lo que este libro de poemas no está sometido al espasmo de lo meramente literario, al gesto de lo forzado, a lo pretencioso o a lo vano.

Las palabras claras y emocionadas de estos poemas —dulce río que fluye— sumergen al lector, sin más, en la dimensión de lo poético verdadero, en los espacios de lo nuevo, en ese más allá (que a la vez está aquí para el ser inspirado) y que el ser humano persigue desde sus orígenes. En esa persecución, fiel y sin máscara, están aún algunos poetas de nuestros días. En testimonios como los de este libro el ser humano se salva aún.

Antonio Colinas,
Salamanca, enero de 2007

PRINCIPIO

VUELVEN los recuerdos igual a errantes pájaros.
Llegan, y otra vez, descienden por la ausencia topacio de la tarde
con un sabor de tierra arada en sementera. Junto al surco
el perfume del campo crece bajo la soledad de la noche.

Luego, con un batir de alas, regresan los pájaros al cobijo
del muro que tiene olor a viñas y barbechos en los nidos de cal.
Y salen otra vez por detrás de la casa, jubilosos, volando en formación
bandadas de gorriones en una excursión de atardecer.

Pasan con su vuelo por las pestañas de la noche,
y se extiende su paz en el eco de las palabras inefables del tiempo.
Puede, que alguna palabra, se aloje en la memoria final de la tarde
o dentro de la hondura insondable de las estrellas.

DELANTE DE LA TARDE LA PALABRA

LAS tardes son panales de luz mojándose en los ojos.
Delante de la tarde la palabra es una mazorca de dulzura.
La plática al final del día es lumbre donde se inmola el cansancio
y donde se vuelcan los temores y comienza la noche su andadura.

Las palabras se parecen a las tardes opacas del invierno,
irrumper sin obstáculos por las calles del mundo, y deambulan
temblando por las comisuras de los labios sin pedir permiso.
El tiempo transcurrido no puede protegernos del frío de la muerte.

Si la palabra no es recogida por el calor del corazón,
si no se regocija en el que la escucha y oye,
si no estremece ni quebranta con su verbo al viajero
que cruza por la tarde suplicando esperanza, no tiene validez.

Si tal ocurre, las fogatas del cielo se derrumban.
El hombre sin lenguaje es como un cementerio profanado.
Es un bufón caído en la tristeza, un sol hecho de sombras
sumido en la negrura de la noche, y ha perdido su ocaso.

ABECEDARIO

Al ritmo del lenguaje se abre el corazón al mundo,
y con este equipaje en balbuceo nos llueve
la saliva por las aristas múltiples del cuerpo.
Más tarde, la palabra, se nos clava en el alma y es nuestra raíz

Con palabras nos hemos venido alimentando el porvenir.
Con palabras hemos mascado la derrota, el dolor,
y con palabras de fuego hacemos del amor un refugio
y con ellas rompemos el círculo del beso.

No sé quién —alguien muy singular— un día
inventó el abecedario y caprichosamente, la gramática,
ideó el adjetivo, el verbo y sus caminos, el nombre
con sus casos y sus reglas... y así fue combinando las palabras.

Y ya es irremediable desligarnos de ella, salir del laberinto
de la lengua, legarla a nuestros hijos, almacenar
en la cabeza cuentos, historias sucedidas,
encerrarlas en libros para encontrarlas luego, al cabo de los siglos.

ENCUENTRO EN SOLEDAD

Es tiempo de escribir de aquél rescoldo
que llega desde el pulso de las horas.
Es viejo, como un reloj de sol,
aquél encuentro, en soledad de dos.

Es hora de recordar su ausencia
—que no su olvido—, ahora que los letrados
de aulas dispares se afanan en mostrarlo,
y no saben encontrar las horas del reloj ni sus agujas.

Por eso, porque escribo de ti soy infinita,
parecida a la palabra que siempre debiera ser
transparente y clara. De todas formas, todavía
Rocinante cabalga, y tu me llamas, ayer, hoy, y mañana.

Por eso escribo, porque tú fuiste inocencia de amor
y plegaria en los estratos de una tierra con sed.

HABLA DULCINEA AL OTOÑO

CON láminas de lluvia y de silencio roza el otoño
las cosas y el azul de la tarde de pupilas doradas.
Sostiene dulcemente el bronce de los montes,
el remanso de lagunas, la quietud de las piedras
en calderas de fósiles cráteres y velos de ramajes.

Siempre amaré esta tierra donde mi lengua
aprendió el significado de su hondura,
donde el tiempo desnudo de equipaje
soñó con ser de nuevo el Génesis en su pura armonía
o el calor del milagro que subsiste en las cosas.

La Mancha en el otoño es como un parque de escaleras,
sendero o un monte de oración entre la bruma
que flota a menudo en contenida o apacible fuerza.
Es soledad con ternura de madre y corazón que arde
en amplia chimenea de recuerdos y repara el quebranto.